III Congreso Internacional de Ciencias Humanas. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 2024.

Las ciencias sociales en disputa. Saber teórico, saber utilitario y universidad en Horacio González.

Papez, Boris.

Cita:

Papez, Boris (2024). *Las ciencias sociales en disputa. Saber teórico, saber utilitario y universidad en Horacio González. III Congreso Internacional de Ciencias Humanas. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/b.papez/2

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pkSK/2rX

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Título: Las ciencias sociales en disputa. Saber teórico, saber utilitario y universidad en Horacio González

Autor: Boris Papez (EH-UNSAM)

Resumen. En los años 90 Horacio González comenzó a desarrollar una serie de intervenciones sobre las transformaciones del mundo de las ciencias sociales en la universidad pública argentina. A partir de estos trabajos, reconstruimos su crítica al conocimiento universitario y a los modos institucionales de evaluación con el fin de explicar las condiciones de la progresiva separación entre el saber teórico y el saber utilitario en este espacio social. **Palabras clave**: Ciencias sociales; universidad; saber teórico; saber utilitario; Horacio González.

Uno. En una conferencia titulada *Ciencias sociales como cronistas de su propia crisis*, Horacio González (2007) propuso analizar la situación de las ciencias sociales en Argentina a partir del deterioro de lo que él llamó su estado de "crisis amable". Amable por ser una crisis inevitable, dada por el hecho de que quien estudia forma parte del mundo que debe estudiar. Ello motiva una necesidad permanente de autorreflexión que no tiene nada que ver con aquella que refiere a la propia posición ocupada en el campo (como sucede en la práctica cliffordiana del "antropólogo nativo"), sino con la revisión de los presupuestos que sustentan la idea de un conocimiento adecuado y válido, y con el análisis de sus condiciones y sus causas. Este estado de autopregunta impone la necesidad de una ligazón constante entre el saber experiencial y el saber teórico, entre la práctica científica y la filosofía, que históricamente se ha interesado por el conocimiento de la propia actividad. Sin embargo, esta ligazón está cada vez más debilitada. En su lugar, lo filosófico fue siendo progresivamente reemplazado por una serie de procedimientos metodológicos que, al fijar como conocimiento válido lo que se sigue de su aplicación, aseguran la repetición de su actividad en diversas situaciones, pero también la reproducción de sus presupuestos.

El desplazamiento de lo filosófico por lo metodológico se justifica por el intento de suprimir de raíz cualquier sesgo de confirmación, dado que el seguimiento riguroso de un método preestablecido evita que quien estudia confirme sus hipótesis interviniendo sobre los sujetos estudiados (en la sociología empírica cualitativa ello puede darse, por ejemplo, por medio de la elección estratégica de los sujetos a entrevistar o de la inducción de opiniones durante la entrevista). Sin embargo, la erradicación del sesgo de confirmación conlleva también a la erradicación del juicio y de la crítica, en tanto que estas acciones también son intervenciones personales sobre lo estudiado. En consecuencia, la crítica dirigida a la propia actividad pierde sentido, lo que contribuye a desarrollar la práctica científica como si careciera de presupuestos. Esta idea (la de una ciencia sin presupuestos, como también la de una "ciencia sin conceptos") no puede suprimir el presupuesto, dado que éste se afirma

incluso al negarlo; pero sí puede suprimir la autorreflexión, esa idea de la idea que da al conocimiento una conciencia de sus condiciones y sus consecuencias[1].

El argumento según el cual las ciencias en su reflexión metodológica no presentan una "autorreflexión" fue expuesto por J. Habermas en *Conocimiento e interés* [1968]. Manteniendo el tono de la crítica a la razón ilustrada, en este texto Habermas advierte que la "apariencia de objetivismo" metodológico no es más que una ideología que sirve para justificar políticas fascistas o la intervención política de las ciencias. Probablemente González (2007; 2018; 2021) se apoyó en este texto para desarrollar su crítica al objetivismo científico de los años 90, donde remarca una tendencia a la contaminación de las ciencias sociales con investigaciones de utilidad política (por medio de encuestas de opinión o de intención de voto, rankings de eficiencia, etc.).

Siguiendo a González, estas investigaciones se inscribían en el marco de un conjunto de transformaciones generales del campo académico ligadas a la escena política de la década de los años 90. Entre ellas, se destaca la introducción de nuevos métodos de valoración y evaluación del conocimiento a partir de la extensión de los referatos anónimos en las revistas académicas y de la creación de instancias de evaluación institucional a través de agentes externos a las universidades. Este último punto –reglamentado con la Ley de Educación Superior 24521/1995– motivó la conformación de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria, organismo desde el cual se buscaba medir el rendimiento académico para, en función de ello, determinar la distribución estatal de fondos, la cual tendría "especialmente en cuenta indicadores de eficiencia y equidad" (art.58)[2].

En la mirada de González, estos procedimientos técnico-burocráticos trastocaron la autonomía de la universidad pública, entendiendo esta cualidad en el sentido que Kant le daba al término, a saber: que sólo los eruditos pueden juzgar a otros eruditos. Pero para que este juicio sea realmente autónomo, debe responderse a la pregunta de *quién evalúa al evaluador* (pregunta que González indica, y que suscita aquella planteada por Marx a propósito de quién educa al educador), pregunta que sólo encuentra su respuesta en una sucesión infinita de *quienes,* quienes al no presentar nunca un juicio definitivo, no pueden abandonar el ejercicio de la autorreflexión. Esta autonomía encontró una interrupción abrupta en los doce "pares" académicos del Organismo de Evaluación, designados por el Ejecutivo (Ley 24521/1995, art.47).

[1] Un conjunto de presupuestos sobre los que no cabe la autorreflexión son una ideología. Así, la ciencia no se diferencia de la ideología ni por su objeto ni por su método, sino por las ideas que puede desarrollar sobre sus condiciones de conocimiento y sus consecuencias. Una ciencia social que no desarrolla este saber teórico es una ciencia que "se confunde con la vida", lo que la vuelve "un relato más que etnografiar" (para retomar la expresión de E. Funes, 2018).

[2] Este último artículo fue suprimido por la ley 27205/2015.

Las nuevas condiciones de conocimiento de la universidad pública en general y de las ciencias sociales en particular llevaron a González a ver en estas ciencias un debilitamiento de su corazón, de su *logos*. Pero con este término González nunca hacía referencia, en un principio, a la razón, ni tampoco al pensamiento o al concepto. Sino que, desde un posicionamiento cercano al de los hermeneutas alemanes de mediados de siglo XX, el *logos* era entendido primero como conversación, y sólo después como razón, de modo tal que la razón se presenta menos un punto de partida que como un punto de llegada al que le antecede la conversación, la discusión, el conocimiento tejido con otros, el *dia-logos*. Un saber teórico inseparable de la experiencia de la conversación. Es precisamente este sentido del *logos* el que González echaba en falta cuando advertía que las ciencias sociales se encontraban vinculadas a una "doxografía imparable": sobre las opiniones de los actores no cabía discusión alguna (de ser aplicado adecuadamente el método para la recopilación de datos). Del mismo modo, tampoco cabía *dia-logos* ante el "juicio de pares" de las revistas académicas o ante el dictamen del Organismo de Evaluación: no hay derecho a réplica, sea porque hay juicio sin juez, sea porque hay juez sin juicio que recaiga sobre él.

Estos cambios no eran ajenos a la producción de discursos, de modo tal que el desprestigio del juicio y de la crítica en las ciencias sociales hallaba una de sus expresiones en la distinción entre las "ciencias duras" y las "ciencias blandas". Esta "metáfora de financiamiento", como la llamaba González, seguía la siguiente lógica: a menor *dia-logos*, más dureza. Y a más dureza, más posibilidades de financiamiento. Así, las "ciencias duras" y las "ciencias blandas" no guardan correspondencia con las ciencias naturales y las ciencias sociales. Se trata de algo muy diferente: que en las ciencias sociales siempre haya la posibilidad de una aspiración a la "dureza".

Dos. El giro empírico que domina a la sociología desde los años 90 condujo a la progresiva separación entre el saber utilitario y el saber teórico. Este debilitamiento del *logos* de las ciencias sociales conlleva consecuencias para las propias sociedades: el saber teórico es precisamente lo que permite el desarrollo del pensamiento crítico, fundamento de toda estabilidad en las sociedades democráticas y de todo ejercicio adecuado de los derechos civiles, políticos y sociales, y en particular del derecho al conocimiento común. Por esto, nos parece que la reflexión sobre los modos de religar el saber teórico y el saber utilitario se presenta como una tarea urgente para las ciencias sociales contemporáneas.

Bibliografía

Funes, E. (2018) La ideología francesa –crítica a la "Sociología Pragmática" (o la nueva miseria de la sociología). *Jornadas sobre Sociología y Antropología Pragmática del IDAES.* Disponible en:

https://www.academia.edu/38236045/La_ideología_francesa_Crítica_de_la_Sociología_Pragmática

González, H. (2007) Ciencias sociales como cronistas de su propia crisis. En: El espacio público de las ciencias sociales y humanas: Actas de las jornadas 2006, pp.65-76. Buenos Aires: Del Puerto.

González, H. (2018) *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre.* CABA: Paradiso.

González, H. (2021) *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación.* CABA: CLACSO.